

Homilía Jornada Mundial de la Persona Migrante y Refugiada
“Somos hermanos”
24/09/2023

Sed bienvenidos a esta celebración especial en la que hoy muchos de nuestros hermanos migrantes celebran la fe con nosotros en la catedral en esta jornada especial, la Jornada eclesial Mundial de las Personas Migrantes y Refugiadas. Cada año se celebra en un lugar y este año tocaba celebrarla en la catedral. Compartamos, pues, aquí hoy esta celebración de la fe, fortaleciendo la propia de cada uno, sintiendo el calor de la fraternidad universal que nos une. Todos unidos en torno a la mesa del altar, como Jesús nos quiere.

Fijaos, el credo de Israel, en el Antiguo Testamento, nos habla de la importancia de la memoria. La memoria es algo importante sobre lo que todos tenemos que construir. Del pasado aprendemos. Nos dice ese credo de Israel que aparece en el libro del Deuteronomio, poniendo en boca de Abraham: «Mi padre era un arameo errante... que salió de Ur de Caldea... viajó confiado en la promesa hacia una tierra prometida, una tierra mejor». Después, el pueblo de Israel fue sometido al yugo de la esclavitud por los egipcios «...pero el Señor con brazo fuerte nos salvó del faraón». Y este credo que reza el pueblo de Israel nos invita a comprender —desde esa memoria que todos tenemos que refrescar— que todos hemos sido, de alguna manera, emigrantes.

Hace poco se pusieron de moda unos estudios sobre el ADN de las personas y se han hecho pruebas con muchas personas de todos los lugares del mundo para ver de dónde vienen nuestros genes. Nos sorprenderíamos cada uno de nosotros de ver dónde están nuestros orígenes, de qué lugar geográfico vienen nuestros antecesores.

La movilidad humana, desde hace miles y miles de años, es algo propio de la humanidad. Todas las personas buscan asentarse y, cuando las circunstancias son difíciles, tienen a moverse para buscar un mejor acomodo en otro lugar y así poder sacar adelante a sus familias; en definitiva, para buscar una vida mejor. Los vascos tenemos mucha experiencia de emigración. No perdamos la memoria: nos tuvimos que ir a América a cuidar ovejas, a trabajar en la construcción en Nueva York cuando estaban construyendo los grandes rascacielos, en los años treinta,

o exiliados por situaciones políticas, o por tantas razones y a tantos lugares. No olvidemos que somos hijos de Abraham y que «nuestro padre fue un arameo errante».

El lema ha elegido la Iglesia para esta jornada es un lema que capta muy bien el sentido de lo que significa el derecho que deberíamos tener las personas a esa movilidad humana. Todos deberíamos tener derecho de emigrar, a poder ir a otro lugar mejor para buscar cosas mejores para los nuestros; pero, por otro lado, nos dice el lema que todos deberíamos tener también derecho de quedarnos en donde estamos, a quedarnos en el lugar de donde somos. Esto también debería ser un derecho. Pero sabemos que las circunstancias hacen que, o bien por razones de pobreza, de hambre o por razones de las guerras —también se habla ahora de las razones climáticas, como las sequías, por ejemplo—nos veamos obligados a movernos.

¡Quién sabe lo que a nosotros, los que nos creemos de aquí, con los ocho apellidos vascos y todas esas cosas...! ¿quién sabe lo que será de nuestros hijos o de nuestros nietos, o de los hijos o nietos de nuestros nietos?. ¡Ojalá todos tuviéramos derecho a emigrar y derecho a quedarnos donde estamos!

Pero las circunstancias del mundo nos obligan. La llamada que se nos hace es a tener en cuenta sobre todo a nosotros, en la Iglesia, lo que todo esto de tener que emigrar significa. No es una cuestión de solidaridad humana meramente. A mí me gusta decir que los creyentes, los cristianos, tenemos una palabra mucho más bonita que la palabra “solidaridad”. Podemos ser solidarios unos con otros simplemente por el mero interés o por mera supervivencia; podemos ser solidarios porque si nos ayudamos entre todos salimos adelante... No es poco, pero... creo que los cristianos tenemos una palabra más bonita, más entrañable, más profunda: es la palabra fraternidad. Desde el mundo del feminismo hoy nos invitan a decir también “sororidad”. Todos somos hermanos, hermanas, porque somos hijos de un mismo padre. Así lo creemos profundamente desde nuestra fe. Esta es la verdadera razón por la que hoy estamos todos reunidos en torno al altar del Señor: porque compartimos la misma fe, porque nos sentimos hermanos, hijos de un mismo Padre. Y ser hermano, es algo más que ser solidario. En esa palabra “fraternidad” (sororidad) hay un toque o sabor

especial que nos habla del afecto, que apela a nuestros sentimientos; que nos habla de ternura y de cercanía afectiva. A los hermanos de nuestra propia sangre los queremos un poco más. Sin duda por ellos donaríamos incluso uno de nuestros riñones. Esto es, pues, el camino que nos señala nuestra fe: somos hermanos.

Y dentro de esta gran fraternidad unos han tenido la suerte de poder elegir no emigrar y otros han tenido la mala suerte de verse obligados a migrar para buscar una tierra mejor, para poder mantener a los suyos. Bien sabemos las dificultades por las que atraviesan tantas personas que migran; algunas más dificultades que otras. Unos vienen en avión y se quedan entre nosotros, primero como turistas, hasta que van buscando un trabajo —por lo general bastante precario—, hasta que consiguen que se vaya normalizando su situación. Es un proceso largo. Otros vienen arriesgando la propia vida, cruzando el mar arriesgando todo lo que tienen, pensando en un futuro mejor para los suyos. Al llegar, si llegan, se encuentran con vallas llenas de pinchos, de cuchillas que les cortan las manos y, sobre todo, que les están diciendo: no os queremos. ¡Son nuestros hermanos!

El problema de la migración es un problema internacional muy grave y es muy difícil encontrar una solución satisfactoria, ya lo sabemos, pero tenemos que caminar hacia un mundo que consiga hacer que la migración sea un derecho y que la no emigración también lo sea. Tendremos que ayudar a los países en sus propios lugares para que se desarrollen, no para esquilmarlos, no para explotarlos. Igualmente, tenemos que acoger aquí a los que vienen, promocionándolos, ayudándolos, integrándolos. Los necesitamos.

Muchos de los migrantes que hoy están entre nosotros trabajan en nuestras casas, trabajan en nuestros comercios, en nuestros bares, en nuestros restaurantes; trabajan en la construcción, arreglando esta catedral, por ejemplo, buscando el pan para los suyos, trabajando con dignidad y con honradez. Ciertamente hay algunos migrantes que quizá no aciertan a integrarse. Quizás las circunstancias de la vida les llevan incluso al delito, pero no son la mayoría, ¡ni mucho menos!. Una golondrina no hace verano.

¡Somos hermanos! Compartimos la fe como veis, cantamos juntos hoy con este tono de alegría y lleno de colores, que nos recuerda que somos una Iglesia inmensa extendida por toda la tierra, que la Palabra de Dios llega a todos los rincones. Pues que llegue también a nuestro corazón; eso es lo más importante.

Pidámosle en especial al Señor hoy, en este día, por tantas personas que viven migradas entre nosotros, para que puedan integrarse bien; que encuentren en nosotros la amabilidad y la acogida y la justicia; que encuentren la ternura que necesitan cuando viven tan lejos de los suyos. I pidamos también por tantas personas en el mundo que están viviendo circunstancias más difíciles, en campos de refugiados, en tantos lugares, quizá comiendo al día poco más que una lata de comida de la ayuda internacional. Pidámos al Señor por esos derechos para los que quieren emigrar y para los que les gustaría no emigrar. Pidámosle que nos dé a todos la conciencia de que somos hermanos. Pidamos al Señor que nos dé la capacidad y el don de comprender esto existencialmente, con nuestro corazón, con nuestra vida; y que tengamos siempre presentes a estos hermanos nuestros que migran y sobre todo a los que atraviesan mayores dificultades.

Que así sea.